

Servando Rocha

Este corazón que sangra

William S. Burroughs y Kiki en Tánger

Alianza Editorial

Primera edición: marzo de 2026

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Servando Rocha, 2026
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2026
Calle Valentín Beato, 21; 28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 979-13-7009-210-8
Depósito Legal: M-143-2026
Printed in Spain

ÍNDICE

TÁNGER

Actos hostiles y ocultaciones	15
La ciudad de los espías	19
La peste parda	23
La llegada del Exterminador	26
Paul Bowles	30
Hablando con los muertos	37
Mercado de intercambios psíquicos	48
La Mar Chica y el Ángel de la Muerte	52
El último de los últimos	56
Abracadabra	64
<i>Schlupp</i>	67
El Hombre Invisible	72
Amenaza	78
Descenso a los infiernos	82
La Interzona	89
Aniquilación	96
«Me lo dijo el pez»	100
El sueño y la realidad	110
Ahora o nunca	115
En la casa de los ojos	119

10 ÍNDICE

Fantasías	122
Renacimiento	126
La banda	130
Viaje al fin de la noche	140
Ginsberg en España	144
Regreso y final	152
Epitafio de Kiki	156
Resurrección	164
Una declaración	173
MADRID	
En tierra de pobres	177
El último baile	185
Culpable	187
Camposanto	191
«¡No mires atrás, Orfeo!»	193
Kiki reencarnado	195
Tierra sobre tierra	198
Epílogo	203
Fuentes y bibliografía	207
Agradecimientos	215

«Escriban: la ley es el amor».

William S. Burroughs,
diario (7 de enero de 1997)

«Hay una sensación de fin del mundo
en Tánger».

Carta de William S. Burroughs
a Allen Ginsberg

«En realidad, el fin del mundo, al igual que el
principio, es nuestro concepto del mundo. Es en
nosotros en donde el paisaje contiene paisaje».

Fernando Pessoa,
El libro del desasosiego



TÁNGER

«Siento que la pasma se me echa encima,
los siento tomar posiciones ahí fuera,
organizar a sus soplones del demonio».

William S. Burroughs,
El almuerzo desnudo

Actos hostiles y ocultaciones

«Si estuviese hablando con el presidente, ¿de qué hablarían?», pregunta el joven de impecable traje y modales pulcros cuyos ojos fijos caen sobre William S. Burroughs, el Exterminador. Le gusta que lo llamen así. Durante un tiempo ha trabajado como exterminador de ratas, cucarachas y toda clase de insectos. «Le hablaría de la histeria contra las drogas», contesta rápidamente. «¿Y qué le diría en concreto?», vuelve a preguntar a Burroughs, de labios rígidos y finos, y pelo perfectamente peinado. Su aspecto es el de un funcionario gris y anodino con penetrantes ojos de serpiente siempre al acecho y la frente perlada de sudor. Se toma su tiempo. «¿Qué es lo que pretende —responde por fin arrastrando la penúltima sílaba, *preteeeeeende*, con su característica voz ronca y arenosa—, convertir Estados Unidos en una nación de delatores? Nuestros ancestros pioneros se cagarían en sus tumbas».

El ejercicio se llama «Escritos de actos hostiles y ocultaciones» y persigue escanear al escritor, «auditarlo», según el lenguaje de

los científicos, entre los que lleva cerca de un año. Para ello usan un electrómetro, un aparato con dos electrodos de forma cilíndrica, parecidos a unos nunchakus, que deben sujetarse con fuerza con cada mano.

Burroughs ya lo ha probado todo: aislamiento sensorial, luces estroboscópicas, drogas alucinógenas. Y aquello que la Cienciología ofrece es una especie de autoterapia electrónica, un reacondicionamiento total que lo libere de los monstruos que lo asedian y persiguen desde el fatídico día en que, jugando a Guillermo Tell, mató accidentalmente a su esposa Joan Vollmer de un disparo. Aquella imagen quedará grabada en su memoria de por vida. La secuencia es aterradora: el vaso intacto girando en el suelo tras la detonación. El mundo se detiene. Siente la bilis subiendo por su estómago hasta la boca. Un regusto metálico y ácido. Vollmer yace con la cabeza caída sobre su pecho. Tiene un agujero en la sien. Burroughs, desesperado, grita «¡Noooo!», para seguidamente abalanzarse sobre ella: «¡Háblame, háblame!», insiste inútilmente. Durante el registro realizado por los agentes, estos anotan el caos reinante: una silla salpicada de sangre, tres ceniceros en el suelo y, sobre una mesa, cuatro botellas vacías de ginebra, diez vasos sucios y una automática Star 380. Es el escenario de la desolación. Es el final, pero también un principio: fue allí donde empezó la noche eterna.

Está desesperado. En su utopía hacia las profundidades de la conciencia, prescindiría de la psiquiatría tradicional, a la que ha acudido en decenas de ocasiones, todas inútiles. En una ocasión apareció ante el doctor con un trozo de dedo que horas antes se había amputado él mismo tras decidir que aquel sacrificio formaba parte de su particular terapia personal: desprenderse de algo para ser libre. Le cuenta todo esto al aterrado psiquiatra mientras sostiene el dedo, sin mucha

emoción, despreocupadamente. El trocito de carne cayó fácilmente. Apenas sintió dolor, tan solo mucha tristeza y pena por aquel miembro amputado. El alivio duró unas horas, hasta que el mal regresó y exigió recuperar el control. Los males acaban regresando si no los retamos y acorralamos. Perdonar es liberar. Bramó, ocupó, contaminó. Todo sigue igual.

Los test se suceden uno tras otro. Hay, por supuesto, otros terrores y larvas de la mente que el auditor poco a poco va sacando a la luz, como los abusos sexuales en su niñez. Sin embargo, a estas alturas, aunque el escritor cree fervientemente en las técnicas de la Cienciología, abomina de su estructura y de los métodos fascistas de control diseñados por su líder, L. Ron Hubbard, y, a medida que Burroughs penetra más y más en su culto de fanáticos, este se convierte en su objeto de odio. Cada noche al llegar a su habitación Burroughs coloca una foto suya en la pared y la atraviesa con un cuchillo. Incluso utiliza la foto rajada para hacer prácticas de tiro con su pistola de aire comprimido. Para él, un veterano drogadicto y superviviente al infierno de la adicción, el poder es otra forma de adicción, una todavía más intensa y perniciosa que la heroína. Y lo que hacen Hubbard y su camarilla es sustituir una adicción por otra.

La vida se filtra a través de los sueños. Los sueños son equilibradores de historias no resueltas, fragmentos de fantasías incumplidas, premoniciones, material de desescombros, y Hubbard, el gran farsante, es un parásito que sigue allí, agazapado.

En noviembre de 1996, apenas unos meses antes de su fallecimiento, Burroughs soñó con él por última vez. Lo dejó anotado en su diario. Es su último duelo bajo el sol: «L. Ron Hubbard merece que le ensarten una navaja entre los riñones», escribe, para seguidamente resucitar sus otras obsesiones, como la misteriosa secta de Hassan i Sabbah, líder de Los Asesinos: «Y demostraré con un cuchillo de los asesinos de Alamut cómo se lacera de la costilla izquierda al corazón», añade.

Burroughs es un adversario temible para cualquier auditor. Incansable, seguro, increíblemente culto. Sostiene la mirada, hace brotar de su boca un torrente de palabras en ocasiones obscenas, lanzadas a bocajarro, junto a un caudal de referencias extrañas. A veces, a las preguntas responde con más preguntas, formando así una espiral interminable. Pero cuando el ejercicio va por su recta final, comienza a temblar. Algo, sin duda, anda mal. Su rostro se torna más pálido; los labios tiemblan, están blancos y apretados. Las manos, con las palmas sobre la mesa, empiezan a palpar. El cuerpo está totalmente recto y rígido. El auditor puede ver sus globos oculares moverse a toda velocidad dentro de los párpados cerrados. No existe nada más allá de su habitación. Auditor y auditado flotan en un extraño éter, en un universo propio. ¿Adónde ha viajado Burroughs? Asume una vez más su identidad como el Exterminador, el Cura, el último Cosmonauta del Espacio Interior... y comienza a hablar.

Corre el año 1957 y se encuentra en Tánger, la ciudad que amó más intensamente, esa que visitó su colega John Hopkins y que, en uno de sus sueños anotados, nada más verlo, le confesó que olía «a batalla naval». Acaba de regresar de un viaje a Londres en el que se sometió a un tratamiento de desintoxicación experimental con apomorfina cuyos resultados parecen prometedores. Las imágenes acuden mediante fogonazos. Haces de luz, olores, el sonido del mar. Tiembla cada vez más y la aguja va sin control de un lado a otro. Las blanquecinas casas del Zoco Chico y la Kasbah parecen flotar en medio de una ciudad apoyada sobre colinas. El viento dominante es el del este y disipa la bruma, que jamás oscurece el cielo. Junto a él hay un chico jovencísimo, apenas un adolescente, un español del que se ha enamorado perdidamente. Su nombre, que repite sin cesar, es Kiki. El chico le sonríe y despidе con la mano. «Te quise tanto...», susurra.

Kiki. Kiki. Kiki.

Un espasmo sacude su cuerpo. El joven auditor está aterrorizado. Burroughs sigue hablando, describiendo con todo detalle la ropa que llevaba el chico la última vez que lo vio. Recuerda la calidez de su cuerpo y su delicioso tacto, suave y acogedor, rodeándolo con sus brazos. Sus labios cayendo sobre los de él y el tiempo suspendido, un amor taimado y puro como nunca antes ha conocido ni conocerá. Es como visitar su particular cielo. Todo es calma, dulzura y protección hasta que aparece algo aterrador, una sombra amenazante, un temblor que precede algo ominoso. Un miedo aún sin forma hace que la imagen se vaya difuminando, como si se estuviera descomponiendo. Es ahora cuando lo distingue bien: Kiki tiene un cuchillo clavado en el pecho. La hendidura es profunda y la carne está abierta, como si quisiera mostrarle el interior de su cuerpo. El corazón, a pesar de todo, late aún desbocado. Jamás dejará de latir en sueños y apariciones. También en sus libros. En total, treinta años. Y Burroughs colapsa. El sudor frío lo cubre por completo y cae desmayado al suelo. «Una reacción muy fuerte», anota el impresionado auditor.

La ciudad de los espías

Grandes gaviotas planean sobre los tejados de Tánger mientras la noche va cayendo y la barahúnda de sonidos no cesa. La llamada al rezo, los gritos de los vendedores y, en cada azotea, antenas retorcidas y terrazas improvisadas como si fuesen puestos clandestinos de observación. En las esquinas, entre las estrechísimas calles, subiendo una desconchada escalera que conduce a la Pensión Fuentes, justo enfrente de otros legendarios cafés como el Tinguís o el Gran Café Central, de los que era habitual Burroughs, y donde se fotografió con Kiki, un anciano sin dientes me cierra el paso e indica que no se sirve alcohol.

Pero yo solo quiero un té, sumarme a la vigilancia en esa maravillosa y larga terraza que ya visité hace años, cuando aún no tenía la cabeza en interzonas, amores y muertes. Ansioso, sin esperar a que se enfriase el té, me quemo la lengua mientras observo cómo un gato negro se desliza entre mis piernas y los hombres del salón celebran a gritos que un equipo español ha marcado gol.

Feliz y tranquilo, abro de golpe el libro que llevo de Burroughs y leo: «Se fue a Madrid... El despertador funcionó todo el día de ayer... No me hagas caso. Muerto al llegar». No tardaría en comprobar que se trata de una invocación al amante fallecido, revivir la muerte una y otra vez de un Kiki eterno. Luego echo otro vistazo a la guía amarillenta de Tánger que he traído hasta aquí; data de los años cincuenta y tanto lo que cuenta como el mapa desplegable que tiene han cambiado mucho. Hay anuncios de relojerías y bancos españoles y, junto a la publicidad, fotografías de la parte antigua de la ciudad. Es un mundo encapsulado, un derrumbe congelado. Frente a mí, a pesar de todo, tengo los rescoldos de todo aquello que la guía cuenta: un Zoco Grande que daba cobijo a encantadores de serpientes, charlatanes, forzudos y saltimbanquis exhibiendo sus proezas ante un público que se arremolinaba a su alrededor. También a vendedores de aves, huevos o flores. El griterío era ensordecedor. Los olores, tan variados e intensos, podían llegar a marearte. Todo eso ya no está, es cierto, pero aquí, una vez asumido el paso del tiempo, en gran medida sigue presente. No se ha ido, no del todo. Basta captar la frecuencia adecuada, prestar atención a los espectros.

He llegado hasta aquí siguiendo una historia de corazones sangrantes y cuchillos.

El nombre de Kiki me persigue desde hace años. Incluso he soñado con él. Kiki es nombrado una y otra vez en biografías de

Burroughs y citado en la casi totalidad de la obra del escritor. Sin embargo, es un personaje misterioso. En su fotografía más conocida, ambos están sentados en la terraza del Café Central de Tánger. Al joven lo vemos con el ceño fruncido y la mirada intensa, las facciones hermosas y el pelo muy negro, observando algo que sucede a su derecha, mientras Burroughs, con americana y camisa sin corbata, mira fijamente a la cámara con los labios entrecerrados, como si susurrara algo. Es una fotografía crepuscular. Faltan apenas dos años para que Kiki sea asesinado, pero por entonces son amantes; ambos se cuidan y prometen amor, hacen planes y sueñan el uno con el otro. Burroughs aún no es un escritor famoso. Trabaja a duras penas, cuando la adicción se lo permite, en el borrador de un manuscrito que acabará titulándose *El almuerzo desnudo*, su novela más célebre, donde Tánger es un escenario fantasmagórico. Una ciudad de monstruos y fantasías extremas.

La fotografía irradia una potencia y un misterio que me cautivan. Nadie ha escrito sobre un Burroughs enamorado. El Exterminador y su amor loco. A estas alturas de mi vida lo tenía muy claro: el amor es el primer y también último motor. Escribir con el amor auestas, escribir a pesar de todo.

Había llegado el momento. Debía ir hasta el lugar en que todo empezó. Y fue así, en una fría mañana de diciembre, cuando partí hacia la legendaria ciudad de los espías, Tánger, para una vez allí hacer de detective. Olfatear un aire cargado de fatalidades. Husmear, anotar, trazar conexiones.

Esta es la segunda ocasión que visito la ciudad. La primera vez no lo hice movido por Burroughs ni por ninguno de los otros exiliados de la literatura. Tomé un ferry desde Tarifa y recuerdo que, a mitad de trayecto, cuando la bandera española fue retirada, izándose en su lugar la de Marruecos —junto con un relevo de policías de ambos países—, los turistas, entre los que yo me contaba, guardamos silencio. Algunos no ocultaban

su temor. Formamos una ordenadísima cola para poder salir del barco. Un policía delgadísimo con un uniforme que le quedaba demasiado grande tecleaba nuestros nombres en un escacharrado ordenador. Durante un instante pensé que en el momento de poner el mío pasaría algo nefasto. Saldría a relucir cuando fui expulsado de la República Checa, donde fui declarado *persona non grata* tras unas violentas manifestaciones. Pero nada de eso pasó. Cuando me di cuenta ya estaba en la dársena del puerto, rodeado de taxistas con coches destartalados que se ofrecían a llevarme adonde quisiera.

Mi primera impresión fue intensa. Pensé que Tánger debía de ser una continuación de Tarifa, algo más africano, sí, pero nada más. Por supuesto, me equivoqué. Los sonidos y olores, siempre intensos y variados, la algarabía, el laberinto de la parte vieja de la ciudad, la llamada a la oración. No, Europa quedaba atrás.

Los mercados me agobiaron; simplemente, no me lo esperaba. Hacía muchísimo calor y una mañana me mareé cuando atravesaba unos puestos de carne y vi una hilera de sangre corriendo entre mis pies. Todo sucedía velozmente; me sentía permanentemente rodeado de multitudes. Los policías, además, eran brutales; se cebaban con las bandadas de chicos de la calle que se movían rápido entre la gente; algunos, si podían, daban tirones a cualquier bolso. Varios de estos chavales no debían de tener más de once o doce años. Sus rostros me impactaron. Duros, rígidos y, desde luego, muy tristes. Siempre inhalando pegamento o cualquier cosa. Varios de ellos caminaban descalzos y con vendas en la cara torpemente colocadas. La sangre seca formaba costras a los lados. Iban en grupo, esquivando las porras de la policía, tomando atajos, perdiéndose entre las calles.

Ahora todo es distinto. Mi propósito es otro. Vengo como el escritor que sigue un rastro invisible e improbable. Aquel parece un tiempo lejano. Ahora tengo una cita con un fantasma.

La sombra de Kiki planea en cada calle, en ventanas entrecerradas y multitudes de chavales sin hogar. Está y no está. Puedo captar sus ecos, sentir cómo su voz, que jamás se registró, rebota en las paredes, subiendo y bajando por la Kasbah, un sonido capturado y encerrado al mismo tiempo, condenado a ese tipo de eternidad que no significa nada hasta que alguien certifica su existencia. Los fantasmas del pasado existen. Nombrar algo es hacerlo existir. Escribir es invocar.

Escribo con la imagen alegre de Kiki en plena juventud, sonriéndole a su amante, tirado en la playa o deambulando por la Kasbah, retratado por la cámara de Burroughs, muy aficionado a la fotografía. Sus imágenes son las propias de alguien que creía ver en aquellas calles un mundo paralelo. Toma fotos desde la lejanía o desde el interior de un coche; las instantáneas recogen muchas veces pequeños detalles. Una ventana, la fachada de una casa, un objeto. Parecen divagaciones, imágenes mutiladas o señuelos. Es el álbum de fotos de un espía en una ciudad donde nadie es quien dice ser.

La peste parda

1940. Una lluvia de fuego y metralla sacude Europa. El terror ha tomado una forma atroz. Cuero negro, desfiles, sudor. Esvásticas, águilas imperiales, hogueras. Mitos renacidos. Holocaustos. La peste parda cae sobre Europa.

Durante la mañana del 14 de junio de ese mismo año, mientras amanece en Tánger, muy lejos de allí, en París, las tropas nazis toman la ciudad. Tanto Francia como Inglaterra viven horas terribles. La primera, contempla a Hitler pasear a los pies de la Torre Eiffel. La segunda, acaba de retirarse de Dunkerque y, tres meses después, vivirá una pesadilla de destrucción durante el devastador *blitz* que reducirá a escombros una tercera parte de Londres.

Franco aprovecha ese momento de suprema debilidad para desplegar cuatro mil de sus soldados y ocupar Tánger, hasta entonces una ciudad internacional, violando toda clase de acuerdos. Se trata de un viejo sueño español. El Generalísimo, que precisamente se ganó su prestigio en África, miente y evita hablar de ocupación. Afirma, sin que nadie lo crea, que ha tomado preventivamente la ciudad para evitar los enfrentamientos y disturbios entre las distintas comunidades y legaciones internacionales que se reparten los cuatrocientos ochenta kilómetros cuadrados, limitados al norte por el estrecho de Gibraltar, al oeste por el océano Atlántico y el resto por el Protectorado español.

En el puerto atracan buques de guerra cuyos cañones apuntan a la ciudad. Nadie ni nada se opone. Es inútil hacerlo. Coser y cantar. Cara al sol.

El desembarco es espectacular. Entran sin resistencia, como un ejército imperial, y rápidamente toman todos los centros de poder. El doctor Manuel Amieva, jefe de Falange, se nombra a sí mismo gobernador. Otras autoridades son expulsadas bajo la amenaza de ser pasadas por las armas. Todos obedecen.

Hitler rápidamente felicita a Franco, que le entrega el palacio de Mendubia, donde los alemanes instalan su consulado que pronto convierten en el centro del espionaje y la propaganda del Tercer Reich. Allí las imprentas trabajan a destajo. También se diseña la campaña militar africana mientras en valijas diplomáticas circulan miles de pasquines antisemitas o contrarios a los ingleses.

El cuerpo diplomático al completo está formado por espías. Tienen en nómina a numerosos colaboracionistas musulmanes, al menos a aquellos que carecen de escrúpulos y no les importa hacer tratos con quienes sueñan con exterminarlos. Persiguen agitar a la población contra los Aliados. El orden fascista se mantiene a sangre y fuego. Cualquier opinión contraria no solo

a España, sino también a Italia o Alemania, sus socios, es censurada. Piensan que en poco tiempo Europa y medio mundo serán suyos.

Nada más llegar, unos doscientos cincuenta españoles son detenidos acusados de comunismo o colaboracionismo con el marxismo internacional. Otros son acusados de ser masones o republicanos encubiertos. Los juicios son, por supuesto, una farsa. Están condenados de antemano. A las mujeres, como viene siendo habitual, las rapan y hacen tomar aceite de ricino. Cada semana aparece un nuevo panfleto sobre los embustes judíos y su serpiente de siete cabezas, o se fabrican a toda prisa y sin muchos miramientos noticias falsas sobre la pérfida Albión.

Todos permiten aquel juego. Los ingleses intentan sobornar a los funcionarios españoles; pocos aceptan, no porque detesten el dinero o crean a pies juntillas en la retórica franquista, sino por miedo. Además, algunos ya reciben prebendas y dinero de los alemanes. Ser descubiertos por los falangistas en tratos con los hijos del Glorioso Reich apenas tiene consecuencias, no así si es con los ingleses. En ese caso, de inmediato te meten en la cárcel o directamente te fusilan.

Los estadounidenses, por su lado, deben andarse con mucho ojo porque los atentados están al orden del día. La legación es una tapadera de la Oficina de Servicios Estratégicos, antecesora de la CIA. Su red de agentes secretos está compuesta por doce personas, los «Doce Apóstoles», como los llaman. Muchos son antropólogos o arqueólogos educados en Harvard y que hablan perfectamente árabe. Algunos simpatizan tanto con la población que sus jefes se ven obligados a pararles los pies cuando comprueban que alientan a los más nacionalistas y están a punto de inmiscuirse en asuntos muy serios que no les competen.

En ocasiones, entre falangistas y nazis —cada vez se oye más el alemán por las calles del centro— hay roces y tensiones.

Ninguno está acostumbrado a ceder o ser mandado. Desde el consulado alemán, el nazi (muy nazi) de Noehring, que tiene siempre muy malos prontos, se desgañita con cualquiera que se le antoje. También con los españoles, a los que en el fondo considera negroides y un pueblo de gitanos. Son bajitos, brutos y sin una mitología propia.

Sin embargo, cuando los sueños del Führer se vienen abajo, Franco trata de blanquear su apoyo a los nazis, que de pronto se han vuelto una compañía incómoda después de que la ONU ordenase restituir la legalidad internacional.

En 1945 los soldados españoles abandonan Tánger, que recupera su condición de ciudad internacional iniciada en 1923. Y la «ciudad blanca», como la describió Pierre Loti, la misma que el gigante Anteo, hijo de Poseidón y Gaia, fundó y llamó Tingé; esa que los fenicios, alrededor del año 1450 a. C., pusieron por fin en el mapa del comercio internacional; la misma ciudad que surgió del diluvio y en cuya bahía, dominada por el cerro de Charf, arribó el arca de Noé; esa, en fin, vuelve a ser zona libre. Pero las intrigas, no obstante, permanecen.

La llegada del Exterminador

Esta es la ciudad que se encuentra Burroughs cuando llega la mañana del año nuevo de 1954. En un mes cumplirá cuarenta años. Quedan once días para que Marruecos publique su *Manifiesto por la independencia* y Tánger cambie por completo, aunque su estatuto internacional se prorrogará dos años más y otros cuatro la vigencia del puerto franco.

Todavía hay algunos borrachos y trasnochadores celebrando el nuevo año, yendo y viniendo entre las calles «abarrotadas de tumbas nevadas», como dijo Mark Twain, blanquecinas y serpenteantes, mientras sopla un viento gélido muy desagradable.

Llega a través de Gibraltar y, en su bolsillo, tiene solamente cincuenta dólares que debe administrar con prudencia hasta que le llegue el cheque de doscientos más de sus padres, como le vienen enviando desde hace años.

El mundo está en llamas. Hay protestas y disturbios en Teherán, que provocan la muerte de tres estudiantes. En Estados Unidos se suceden las acusaciones y los despidos de profesores, intelectuales y trabajadores sospechosos de pertenecer al partido de la hoz y el martillo, o tener vínculos con este. En unos días, estadounidenses y soviéticos celebran las primeras reuniones sobre la prohibición de las armas nucleares. Todo eso obsesiona a Burroughs. J. Robert Oppenheimer, director del Proyecto Manhattan, se instalaría en el mismo rancho-escuela en que él estudió y que convierte en un centro de pruebas atómicas. Acostumbrado a todo tipo de lecturas ocultas, semejante hecho conlleva unas implicaciones importantes. Para él la coincidencia posee un significado claro. El país de los pioneros, tramperos y soñadores; el país de los pistoleros y fueras de la ley ya no regresaría. Es la tecnocultura de la muerte, una necropolítica alrededor de la destrucción masiva. La mil veces maldita Bomba. Burroughs siente que está conectado a ella, y la pesadilla atómica es inseparable de su obra.

Olor a meado, cuero y especias.

Amanece en Tánger.

Su primera impresión es profunda. Esta ciudad no se parece a ninguna otra en la que ha estado. La población, unas 180 000 personas, de las que cien mil son marroquíes, es muy diversa. Hay treinta mil españoles, tantos que los horarios de trabajo, comida y espectáculos se adaptan a sus costumbres, mientras que los franceses no llegan a ocho mil.

Las huellas de España están en cualquier lado. Desde hace un siglo se han construido hospitales —como el creado por los



TANGER - La Grande Mosquée

T
Une rue de



TANGER
la Ville Arabe





TANGER - Un



coin du Grand Socco



TANGER - Vu

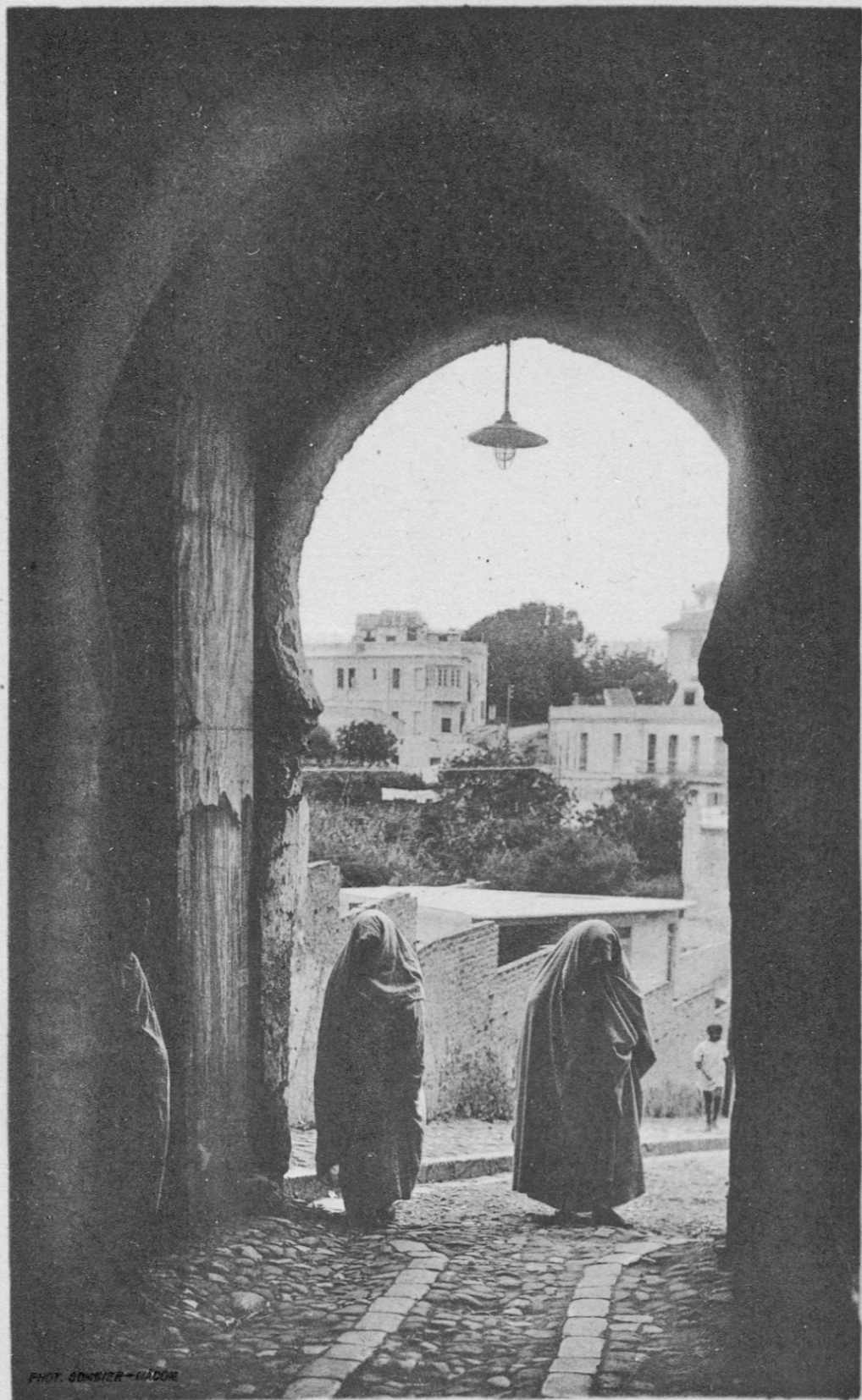


e générale - ville arabe

TANGER — Mosquée Jédida
et Palmier des Aïssaouas







PHOT. GONZALEZ-MADON

TANGER — Une Porte de la Casbah Bab Marshan